



UN CASO DE POSESION DEMONIACA

¡Infeliz Alicia! decían los vecinos de una ciudad, que tanto puede ser de la República mexicana, como de cualquier parte del mundo, y hasta villorrio ó rancho. ¡Infeliz Alicia! casóse tan joven, tan sin mundo, y luego fué á caer en las garras de una suegra, que aunque por santa la tiene la común opinión, como madre política no lo es, no puede serlo.

Y ¡cuán primorosa era Alicia á los catorce años! No había en el femenino jardín flor de más lozana belleza. Y aquella hermosura empezaba á marchitarse en temprana edad. Helado cierzo, quemante escarcha, destructora tormenta, todo era para su hija política doña Genoveva González, viuda de Tinoco, amartelada madre de don Luciano Tinoco, joven dócil, obe-

diente y laborioso, pero el cual, desde su matrimonio, según decía, hallábase en el terrible dilema de ser mal esposo ó mal hijo, y en continuas vacilaciones, sin decirse á ser lo uno ó lo otro, era malo con ambas, al decir de éstas. Repartía entre las dos las caricias y las reprensiones, endulzadas cuanto le era posible para que su amargura no excitara los mujeriles nervios; pero esposa y madre no se daban por satisfechas, porque aspiraban al monopolio de las primeras. La suegra, sea dicho con mucha reserva, hubiera querido para ella todas las maduras, y para su nuera todas las duras. No lo decía, pero como sí lo dijese. Y era doña Genoveva buena de verdad: hacendosa, devota, afable y nada murmuradora, pues aun de Alicia decía, y era mucho decir, que era un ángel, pero que necesitaba educarla porque había llegado cerril y montaraz al santuario del dulce hogar.

No había en la familia injuriosas frases, ni escandalosas reyertas. Alicia era un carácter pasivo, á todo resignada; pero sus gustos, sus anhelos, sus aspiraciones, tan contrarias eran á los de su madre política, que desde el momento de casarse había vivido en violenta opresión. A la joven, por razón de su edad, gustábanle los paseos; á la vieja, por razón de la suya, encantábale la soledad y el reposo. La

una anhelaba el ruido, el juvenil regocijo; la otra, el silencio, la mística tristeza. Aquella amaba las ilusiones con sus fragantes rosas y sus luces de colores; ésta la profunda melancolía de los recuerdos. Y en medio de aquellos polos, un indeciso esposo, joven aún, quien tan pronto jugaba como niño con la amada esposa, como discurría grave y formal con la también amada madre.

Y era lo peor de todo, que el dinero que si no da la dicha, á conseguirla ayuda, no andaba muy sobrado, y era la distribuidora la experta vejez y no la aturdida juventud. Y en honor de la verdad, doña Genoveva gastaba la plata bien gastada. Prefería siempre lo necesario á lo superfluo, lo útil á lo hermoso. Mas por bien gastado que tuviese el dinero, doña Genoveva era para Alicia una intrusa que ejercía soberanía en sus legítimos dominios y aquello no era para tolerarse. Además, vaya usted á convencer á las soñadoras cabecitas de que las ilusiones son tortas y pan pintado. Los sueños de oro de los juveniles dominios pertenecen y es atentatorio arrebatarlos; es robarles las breves dichas que les dan, que aunque falaces son encantadoras. Desde que el mundo es mundo, los ancianos trabajado han sin descanso, porque los jóvenes sean viejos en el pensar. ¡Labor inútil! Empresa tal la

llevan á cabo el tiempo y el desengaño. Y es una lástima que los juveniles rizos y las venerables canas que entre hijos y padres tejen trenza de amor no puedan, sino por excepción, tejerla entre nueras y suegras.

Doña Genoveva era para la oprimida Alicia un sermón perpetuo, pero un sermón sin pizca de unción, con prosopopeya de domine y tono de profeta.

—No te asomes á la ventana, niña, que en una mujer casada, la maledicencia clava con gusto su maligno diente.

Huye del peligro que en el mundo abundan los amantes de la fruta del cercado ajeno.

El recato debe ser habitual en la casada. Tus ojos para tu esposo, que por los ojos entra el pecado en el alma. Por la vista perdióse David, el gran David, ¿qué esperas tú que no eres ni un pelo de la barba de aquel rey formado según el corazón de Dios?

Y por ese camino seguía la buena de doña Genoveva, de día y de noche, y hacíalo con tan buena fe, que al poner la cabeza en la almohada sentíase satisfecha de haber gastado tanta saliva con el noble fin de formar el corazón de Alicia.

Alguna vez dijo á la predicadora un experimentado sacerdote:

—Doña Genoveva, hay que dar á la juventud lo que á ella pertenece sin desdo-

ro de la cristiana dignidad y sin manchar la conciencia. Los viejos como nosotros, debemos amoldarnos á la debilidad de los muchos y no á la fortaleza de los pocos. Menos sermones y más obras, que una sola buena acción enseña más que un infolio de menuda letra. Cata estos consejos, que para la felicidad de tu familia son dados.

Pero doña Genoveva cerró los oídos á palabras que juzgó necias, y desde entonces vió á aquel sacerdote con prevención, aunque sin faltarle nunca en lo más mínimo al respeto y consideración.

II

Era encanto de aquel hogar una graciosa niña, que parecía angelito escapado del cielo. La inocente hallábase en la edad de las monerías, y hacia tantas y tan en gracia caían á los que de verdad la amaban, que comiansela á besos y lanzaban sobre ella una verdadera tempestad de almibarados epítetos.

Apenas los albores de la razón empezaban á despuntar en aquella encantadora niña, la abuelita se apoderó de ella con cariñoso ímpetu, con el loable fin de formar una virgen de la talla moral de Santa Teresa de Jesús.

Y como era de temerse, la bonachona

deña Genoveva cortaba en botón las fragantes rosas de las infantiles alegrías. Quería que su nietecita pensase y obrase como ella, y á lograr tal fin empleaba todos sus esfuerzos.

Alicia observaba á su suegra, y aunque nada le decía, el avinagrado semblante revelaba continua violencia. En cierta ocasión desbordóse la reprimida alegría de la niña: corrió por toda la casa, quebró algunos platos, descompuso la máquina de coser y dejó las macetas sin una flor, y lo peor de todo, negóse absolutamente á oír la prédica de la abuelita, motivo por el cual ésta le dió un coscorrón que arrancó á la nieta lágrimas y prolongados gemidos. Alicia yérguese amenazante con el rayo en la mirada y la reprensión en la boca. Cogió de la mano á su hija y encarándose con doña Genoveva, dícele indignada:

—He soportado hasta hoy sus impertinencias, sus necedades, sus injusticias. Si fui tan débil ó tan bárbara para sufrir resignada el insoportable dominio de usted, hoy, que este alcanza á mi hija, rompo el yugo que nos oprime antes de que su peso nos enerve y nos embrutezca. De hoy más, nosotras en nuestras piezas y usted en las suyas. Y si alguien se opone á mi resolución, ancho es el mundo y Dios está en todas partes; mi hija y yo abandonaremos para siempre esta casa.

Imposible es pintar la cara que á palabras tales puso doña Genoveva. La nieta asustada de aquel extraño acontecimiento, calló instantáneamente, y la abuela abrió la boca, quedóse con la mirada fija y las manos abiertas y levantadas á la altura de los hombros, mientras Alicia, altiva y desdeñosa, sentíase valiente y decidida como jamás se había sentido. Su corazón despertaba de un profundo letargo.

Doña Genoveva, después de algunos instantes de completa paralización, originada por el estupor, volvió en sí, santiguóse repetidas veces y exclamó con aspaviento:

—¡Jesús, Jesús, Jesús! El diablo se te ha metido, desdichada Alicia. Vuelve en tí que te pierdes y pierdes á tu hija.

—Sí; es verdad, el diablo está aquí, en esta casa, en la figura de una suegra; pero ya le arrojaré de ella.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! replicó la anciana arrojando bocanadas de aire, y á todo correr salió de la pieza.

Aquel acontecimiento era tan extraordinario, que no podía haber sucedido sino por directa intervención diabólica. ¡La masedumbre, la dulzura, la bondad misma trocada en un momento en insultante rebelión! Aquello no era para visto.

¡Pobrecita Alicia, se le ha metido el diablo!

Doña Genoveva, aferrada en tal idea,

mal se echó el manto, y encaminóse al Palacio Episcopal, tan aprisa, como su edad se lo permitía.

La quejosa describió al Prelado con vivosimos colores la escena doméstica que acababa de pasar y tanto exageró los hechos, que la verdad quedó eclipsada.

El virtuoso y sagaz obispo quedóse contemplando de hito en hito á la señora doña Genoveva González, viuda de Tinoco, y díjole después de exhalar hondo suspiro:

—Mal anda su casa, doña Genoveva, "el diablo está allí." Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un retintín que la viuda no entendió ó no quiso entender.

—Sí, Ilustrísimo señor, de ello estoy segura: este es un bien comprobado, caso de posesión demoniaca. Ruego á V. S. I. se sirva exorcizar á la energúmena.

—Hija mía: lo que importa es que no viva usted con el diablo. Hoy mismo sale usted de esa casa, ó arroja de ella á su hija política.

—Pero, Ilustrísimo señor, quizás un exorcismo, uno solo fuere bastante. . . .

—Nada, nada. Es mi paternal autoridad la que ordena. Y no espero que usted me desobedezca. Y el Prelado, sin dar lugar á réplica, alzó la diestra mano, exorcizó, digo, bendijo á doña Genoveva, quien compungida, volvióse á su casa.

La anciana era de muy buena conciencia y no se atrevió á desobedecer, aunque para ello la agujoneara el deseo. Luciano aprobó la decisión episcopal, pues ésta ponía término á las vacilaciones que le torturaban.

—Y tú, le decía doña Genoveva, ¿que vas á hacer? ¡Pobrecito hijo mío!

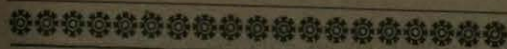
—Yo, mamá, me quedo á vivir con el diablo porque le amo con toda mi alma.

—¡Jesús mil veces, gritó doña Genoveva, santiguándose, ya se te está metiendo á ti también ese malévolo!

Y no hubo remedio: los diablos se quedaron en su casa y doña Genoveva en la suya.

La indiscreción de un familiar hizo me saber después que el celoso prelado, en secreta circular previno á los sacerdotes de la diócesis que escudriñaran con sumo cuidado y apostólico celo, la conciencia de las suegras en el Tribunal de la Penitencia, y negaran la absolución á las reincidentes.

Al mes, el noventa por ciento de las más políticas estaba sin absolución, no tanto por lo trascendental de sus pecados, sino por la manifiesta obstinación en seguirlos cometiendo; pero la mía, por fortuna, fué del número de las absueltas.



REGRESO DE LA DICHA

I

No era Margarita una hermosura, pero tenía talento, carácter y el inefable atractivo de la gracia. Rica, mimada, creció siendo el embeleso del hogar, y desde la adolescencia, aristocráticos jóvenes disputáronse el cariño de la rica heredera; pero no había llegado aún para aquel corazón no había llegado aún para aquel corazón ardiente la hora del amor. Margarita, halagada en su vanidad, alegrábase de ser querida, pero sin entregar á nadie su afecto. Correspondía con sonrisas y hasta con tiernas miradas á los jóvenes que la requirían, y aun llegó á esforzarse por querer á alguno, mas el corazón permanecía indiferente. Los pretendientes, heridos en su amor propio, vengábanse de ella llamándola coqueta, aunque en su presencia